

diversidad de la resistencia que resulta de las relaciones locales, las erupciones volcánicas que se refieren á ese fenómeno (lago de Tiberiades), la estructura del suelo y las diferentes profundidades locales de la hendidura producida, etc., determinaron la mayor ó menor profundidad: los hundimientos en forma de lago tuvieron lugar lateralmente, y las excavaciones en forma de cráter de una profundidad extraordinaria, tales como el lago de Tiberiades y el mar Muerto. El efecto ordinario que se observa donde quiera en esas depresiones es el de la afluencia de las aguas que las llenan; lo mismo sucede aquí...» Como se ve, de las palabras transcritas de Russegger resulta que en lugar alguno de los alrededores del mar Muerto se encuentran rocas volcánicas; y á consecuencia de estos y otros trabajos la teoría volcánica, antes tan acreditada, ha acabado por ser del todo abandonada.

En efecto, otras vinieron en pos; la teoría volcánica ha sido sustituida por otras. Según unos, la cavidad del mar Muerto fué producida por el hundimiento de la superficie del globo; según otros, es efecto de que parte de la superficie terrestre no se ha levantado todavía sobre el nivel de los mares; pero la opinión más generalmente profesada, no siendo conocida aún la depresión enorme del valle del Jordán y del mar Muerto respecto del Mediterráneo, es la siguiente:

El territorio de la antigua Pentápolis ocupaba precisamente el espacio invadido después por el mar Muerto. Antes de la destrucción de las ciudades culpadas existía una capa de betún entre agua debajo de la tierra vegetal que formaba los feraces campos en que aquéllas florecían. Regando el afortunado campo, dividiáse el Jordán en infinitos canales, y sus aguas se perdían más lejos en los arenales ó pagaban tributo á un gran lago salado que quizás existía más allá de la llanura. Al inflamarse el fuego del cielo el betún encerrado en las entrañas de la tierra, la combustión, produciendo un inmenso vacío, fué causa del hundimiento del terreno superior y devoró á una á hombres, ciudades y campiñas. El Jordán, que á su paso encontró abierto un abismo, se precipitó en él y al fin lo llenó del todo con sus aguas.

Descubierto al mundo sabio en el año 1812 por Buckhart el gran valle del Arabah que desde el Sud del mar Muerto se extiende en dirección al mar Rojo, corriendo de las vertientes meridionales del gran Hermón, al Norte, al golfo de Akabah, en una extensión de cuatrocientos cincuenta kilómetros, desde una altura de quinientos sesenta y tres metros sobre el Mediterráneo hasta descender á trescientos noventa y dos debajo del mismo mar, nació de la importante noticia la hipótesis que llevamos ya mentada y que es en apariencia muy plausible,

según la cual fué aquel valle el antiguo lecho por el cual llevaba antes el Jordán sus aguas al golfo Elanítico ó de Akabah; la repentina interrupción de su curso al ocurrir la catástrofe que destruyó la Pentápolis, he aquí la causa de la formación del mar Muerto.

Sin embargo, autores hubo que emitieron dudas acerca de ese curso atribuido al río, y el problema ha tomado en el día nuevo aspecto desde que, hace unos cuarenta años, háse venido en conocimiento de la depresión arriba dicha, depresión que llega á trescientos noventa y dos metros, y que algunos viajeros hacen subir á cuatrocientos veintisiete. Otro dato contrario á la hipótesis explicada es el hecho acreditado de existir independencia absoluta entre las dos regiones hidrográficas del mar Muerto y del mar Rojo, separados por una línea divisoria que está sobre el nivel mediterráneo á doscientos cuarenta metros, de manera que todas las aguas del valle Arabah y de sus afluentes al norte de aquella línea se dirigen al mar Muerto, y por el contrario, al golfo de Akabah cuantos nacen al sud de la misma. En presencia, pues, de la gran depresión del mar Muerto por un lado, y por otro de la línea que corta en dos distintas vertientes el Ued-Arabah, ¿cómo dar asentimiento al antiguo desague del Jordán en el golfo Elanítico, por lo menos en la época histórica?

Para sostener esta explicación se recurre á la hipótesis de hundimientos gigantescos que niegan muchos, y dicen, entre estos naturalistas el geólogo Lartet, que el mar Muerto es no sólo anterior á la época de la destrucción de la Pentápolis, sino que existía ya en época remotísima, muchos siglos antes de la aparición del hombre en la tierra, con extensión mayor que hoy día, como lo atestiguan los antiguos sedimentos del mar al rededor de sus playas y aun á gran distancia, á septentrión y mediodía de sus límites actuales.

Tal es el estado más moderno del científico problema, resultando que se sabe poco y como concluyente y definitiva explicación, nada, á no ser la que da la Biblia. La ciencia vése precisada á confesar por boca de Humbolt: «El trastorno inmenso de esta región, es un fenómeno como no le hay análogo en nuestro planeta.» Después de transcurridos tres mil quinientos años, se puede llegar á la siguiente conclusión:

«La comisión, dice el dictamen dado por la expedición norte-americana, vino á este mar maravilloso en toda la excepción de la palabra, con opiniones muy distintas de la que ahora sustenta; uno de sus miembros era excéptico, á otro no le inspiraban absoluta fe las palabras de Moisés. Veintidós días hemos empleado en continuadas y precisas exploraciones, observando las grandes mutaciones que de repente ex-

perimenta, como si nos halláramos junto á inmensa caldera, hirviendo muchas veces, y al fin por unanimidad hemos de declarar que quedamos convencidos de la verdad de los relatos bíblicos sobre la destrucción de esta llanura.»

Una reflexión cabe añadir, que nunca será ocioso repetir, como que cada día adquiere mayor importancia. Tenemos un libro, el Pentateuco, há muchos siglos escrito, el cual trata de las más importantes cuestiones científicas, recordándonos el origen de la humanidad. Los hombres más versados en la ciencia han estudiado este libro, y muchos lo han convertido en objeto de fuertes impugnaciones. Mientras el progreso de las ciencias revela cada día los errores inevitables en los sistemas ideados por la inteligencia humana, resplandece más y más la verdad de los escritos de Moisés. Esta investigación reciente, hecha por los sabios del Nuevo Mundo, estaba basada en la duda, y ha ilustrado el estado actual y la formación del mar Muerto, en lo cual andan tan interesadas la religión y la ciencia.

La ciencia por conducto de Russegger, uno de sus más dignos representantes, al cabo de tres mil quinientos años no puede menos de confesar que reconoce como muy probables los datos de la Biblia sobre los acontecimientos de Sodoma y Gomorra. «Preciso es reconocerlo, exclama Conde de Las Casas, otro escritor muy digno: Moisés domina las generaciones y los siglos como una columna incommovible de la verdad. Herodoto, Manetón, los mármoles de Paros, los historiadores chinos, el sanscrito, todos estos testimonios, los más antiguos del mundo, son quinientos mil años posteriores á Moisés. Así que la fe religiosa atraída por ese admirable acuerdo triunfa, y sorprendida de semejante resultado la incredulidad filosófica se confunde; vencida por sus propios recursos, vése precisada á confesar que en eso hay algo sobrenatural que no comprende; pero, ¡qué puede negar! Aquí pues, como en todas partes, se deduce esta admirable conclusión de Roux-Lavergne: *Las ciencias físicas no pueden más que disputarse el honor de corroborar con nuevos testimonios las palabras de Moisés.* Por no hacerlo así vemos á la ciencia desconcertada, mientras que al verdadero creyente muestra el misterioso fenómeno que nos ocupa un testimonio perenne de las maldiciones divinas.

Como consecuencias de algunas de las anteriores hipótesis ha venido el caso de que los sabios se hayan preguntado y sujetado á discusión de saber el punto dónde estaria situado el valle de Siddim, indicado en el Génesis como el lugar en que pelearon los cinco Soberanos de la Pentápolis contra los cuatro reyes que invadieron su terri-

torio, y donde, después de ser derrotados, los reyes de Sodoma y Gomorra cayeron huyendo en los pozos de betún abiertos en gran número en el valle.

Según la Biblia, el valle Silvestre ó de Siddim hubo de hallarse en las inmediaciones de las cinco ciudades nefandas, en cuanto para defenderlas se reunieron sus reyes en él, en lo que al presente es el mar Salado.» Pero, dice la ciencia, si comprendía el valle toda la actual extensión del mar Muerto y éste, por lo tanto, no existía antes de la catástrofe, ¿á dónde iban á parar las aguas del Jordán y las de los varios afluentes que allí las vierten? El Jordán solo, según cálculo aproximado, lleva diariamente al mar Muerto en ciertas épocas del año, seis millones seiscientos cincuenta mil toneladas de agua, en una cantidad igual puede fijarse el volumen líquido que le dan varios ríos *uadys* que le son tributarios al Oeste, al Este y al Mediodía, de lo que resulta que trece millones de toneladas de agua entran cada día, en determinadas estaciones, en aquel gran receptáculo. Cuando sucede esto, rebaja los límites que por lo común lo encierran; pero reina en el fondo de aquel abismo calor tan intenso y es tan poderosa la evaporación que se ejerce en la superficie del lago que aun entonces le quita casi tanto como recibe, y no tarda en restablecerse el equilibrio entre lo ganado y lo perdido.

Así, pues, la hipótesis de los canales subterráneos de desagüe al mar Rojo ó al Mediterráneo, ideada por algunos autores, además de imposible, por hallarse estos dos mares mucho más altos que el mar Muerto, ha venido á ser inútil. Otros zanján la dificultad diciendo que no se necesita esta su comunicación con dichos dos mares, por ser más que suficiente para conservar su nivel sin elevarse la enorme evaporación que en él producen los rayos de un sol abrasador. Mas si esto fuese verdad, también debería aplicarse al lago de Tiberiades sometido á la misma temperatura.

En opinión de M. Guerin puede darse al problema dos soluciones teniendo en cuenta la configuración del país, los datos proporcionados por la Geología y el relato de la Biblia; el valle de Siddim comprendía todo el ámbito del actual mar Muerto, ó bien ocupaba únicamente la parte meridional del mismo, aquella que, contando desde la península de Lisán, no pasa de ser un estanque. En efecto, observa un escritor, al paso que al Norte de dicha península, acusa la sonda una profundidad que llega en algún punto á seiscientos y setecientos metros, no pasa la mayor de seis en la parte del Sud, y esto prueba que en el vasto lago se encuentran dos zonas muy distintas. En la primera hipótesis el mar

Muerto se hallaría reducido en tiempo de Abraham al estado de lago subterráneo; el Jordán y los demás afluentes que fecundaban la capa de tierra vegetal dándole extremada feracidad, podían perderse en aquél por filtraciones subterráneas y por la irrigación, sin contar en aquella zona semi-tórrida la evaporación. Y en la segunda el Jordán, como en nuestros días, podía desaguar en el mar Muerto al sud del llano de Jericó.

Sea cual fuere la hipótesis preferida, una y otra concilia los datos del relato de Moisés y los de la Geología. La Pentápolis, regada antes por el Jordán, según afirman los sagrados Libros, se hundió efectivamente después á consecuencia del incendio de las ciudades malditas para formar ó bien la concha completa del mar Muerto, ó bien la laguna meridional únicamente; así es como la Biblia, con toda exactitud, pudo decir: «el valle de Siddim, que es al presente el mar Salado.»

Por lo que toca á las cinco ciudades de la Pentápolis, nada indica que ocuparan el centro del valle, ni tampoco resulta de los textos biblicos que quedasen sumergidas en las aguas del lago; la opinión generalmente seguida es que se levantaban en lo que forman hoy sus orillas, al pie de las montañas, así para aprovechar mejor los manantiales que en ellas brotaban, como para tener posición más fuerte y ambiente más sano. La de más importancia, esto es, Sodoma, Sedom en hebreo, ha conservado su nombre en el monte llamado Djebel-es-Sadum y Djebel-el-Melah, *montaña de sal*, que se levanta en el extremo Sudoeste del lago. A sus pies, á lo que muchos creen, estaría situada Sodoma, y como á una hora de aquel punto hacia el Noroeste, en el lugar conocido hoy con el nombre de Zuera-et-Thatah, Segor ó Zoar, ya que Lot, habiendo salido de Sodoma á la hora del alba, pudo llegar allí á la salida del sol. Autores hay que colocan á la última ciudad en las ruinas llamadas Kharbet-es-Safieh, existentes en las riberas del *nady* de igual nombre en los confines meridionales del mar Muerto, á trece kilómetros del Djebel-es-Sadum. Por lo que toca á la posición que tuvieron Gomorra, Adama y Seboim poco ó nada se sabe.

Indicada queda la opinión que la ciencia cristiana profesa acerca de la gran catástrofe. Según la historia, según la tradición, según los datos que aun están á la vista, hubo de hallarse edificada Sodoma sobre criaderos de betún, el rayo prendió en ellos fuego, y abismáronse las ciudades. He aquí como todavía puede comprobarse la exactitud de las palabras del versículo diez del capítulo décimocuarto del Génesis, que dice así: «Es de notar que el valle de las Selvas, *valle de Siddim, valle de Sodoma*, había muchos pozos de betún. El resultado fué que el rey de

Sodoma y de Gomorra volvieron las espaldas, y cayeron allí mismo, y los que se escaparon huyeron al monte.» Malto-Brun hace la congettura de que los edificios de Sodoma y Gomorra estuviesen contruidos con piedra bituminosa y dieran así gran pábulo á las llamas. Josefo menciona el betún del mar Muerto. Se hacía uso de él en medicina, y utilizábase para embalsamar cadáveres. Demetrio, hijo de Antígono, rey de Macedonia, habiendo acampado con su ejército junto al lago Asfaltite, reparó en una gran cantidad de betún é informó á su padre, quién envió algunos obreros para recogerlo. Empero apenas hubo construido los buques necesarios, cuando seis mil árabes le atacaron, incendiaron las naves y dieron muerte á muchos obreros. Posteriormente ha servido el betún para fabricar jarros que los viajeros se han llevado como memoria del país.

En cuanto á las minas de las ciudades anegadas, es inútil manifestar que aun cuando todavía existiesen, no podrían verse á mayor profundidad de mil pies; pero sea que alguna de dichas poblaciones se construyese á orillas del mar, sea que se reedificase después de aquella gran catástrofe, lo cierto es que por largo tiempo se han visto minas en estas riberas. Strabón habla de las ruinas de Sodoma y hasta da una idea de su recinto. Josefo dice también: «Todavía se descubren restos de aquellas abominables ciudades.» Mucho se ha discutido sobre este asunto, mas hoy se da por cuestión resuelta la no existencia de esas ruinas, pues en el día nadie las conoce.

Lo que no deja lugar á duda es que hubo ciudades en el sitio que ocupa el mar Muerto. Dios, que se valió de un medio natural de exterminio por los israelitas para castigar á los cananeos culpables de los mismos crímenes que los moradores de Sodoma, hubiera podido emplear otro medio natural, como una explosión, un volcán, un terremoto, un hundimiento, para aniquilar las ciudades de Pentápolis. Ese castigo no sería menos terrible y ejemplar, y los que creen en los oráculos de los profetas y las palabras de Jesucristo estarían tan convencidos de la realidad de las venganzas divinas, como si Dios hubiese derogado las leyes de la naturaleza para hacer llover del cielo fuego y azufre; mientras los que creen en la *naturaleza*, no creerían en la intervención divina aunque viesan llover milagros. Pero cuando se toman en cuenta todas las circunstancias del castigo de Sodoma, es imposible no reconocer el efecto de una causa sobrenatural.

En la antigüedad fué más conocido el mar Muerto que en los siglos posteriores. Los antiguos mapas trazaron sus riberas mejor y con más exactitud que los modernos, y Daniel, Abad de San Sabas, era el único